

CARAVEDO, ROCÍO (2014): *Percepción y variación lingüística. Enfoque sociocognitivo*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert, 343 páginas. ISBN: 978-84-8489-830-6 / 978-3-95487-374-6

María C. Sampedro Mella

Universidad de Salamanca

maria.sm@usal.es

En *Percepción y variación lingüística. Enfoque sociocognitivo*, Rocío Caravedo propone un nuevo modelo teórico para abordar el estudio de la variación en el lenguaje, basado en la percepción del hablante como instrumento de la cognición humana.

El libro consta de una breve introducción (pp. 9-14) y tres grandes partes, las dos primeras de carácter teórico: “La percepción en el concepto tradicional de variación. Alcances, límites y propuestas” (pp.15-46), “La percepción en la cognición lingüística” (pp.47-125) y “Aplicación empírica” (pp.127-313). Con esta distribución, la autora pretende ofrecer un recorrido histórico y teórico sobre la teoría de la variación en el que situar sus propuestas, fundamentar los presupuestos de su aportación al estudio de la variación lingüística y aplicarlos al estudio de distintos elementos lingüísticos del español.

A lo largo de la primera parte, centrada en el concepto tradicional de la variación, la autora traza una panorámica histórica, partiendo de la aproximación al estudio de la variación lingüística. Así, aunque históricamente ha habido algunos conatos (por ejemplo, en la Antigua Grecia se encuentran reflexiones sobre la dualidad del signo lingüístico), no será hasta el siglo XX cuando se materialicen las propuestas. Destacan principalmente las aportaciones de William Labov (1972, 1994, 2001, 2010), quien sienta las bases de la sociolingüística moderna y cuyas teorías son retomadas por Caravedo para postular sus hipótesis, primero en lo referente a la propia variación (pp. 21-36) y después mediante una aproximación a la cognición (pp. 36-46).

La autora inicia, así, con el repaso del concepto tradicional de *variación*, a partir del binarismo interno del signo lingüístico y propone reconocer la existencia de variación en ambos planos, conceptual y material, e insiste también en mitigar la equivalencia semántica de las variables. Este principio, basado en la igualdad de significado de las variantes, excluye la variación del plano del significado, por lo que esta férrea concepción no explicaría algunos de los cambios lingüísticos producidos, por ejemplo, en el ámbito fonológico. La autora propone una relajación de este principio, pues hay casos en los que el uso de alternativas termina por modificar el signi-

ficado, y si las formas fueran siempre equivalentes no ocasionarían transformaciones en la lengua.

La variación sería, en este sentido, un paso anterior que puede llegar a materializarse (*variación funcional*) o no (*variación no funcional*) en un cambio, mientras que este exige forzosamente un proceso de variación previa, lo que implica estudiarlo en una perspectiva evolutiva. En este contexto, argumenta que ni el sistema se modifica de modo autónomo, ni los hablantes tienen la intención de transformarlo.

Por su parte, Labov (1994, 2001) señala que la variación está producida en mayor medida por factores internos, más que externos o sociales, y que el primer nivel de variación es el fonológico y el último el sintáctico. A este respecto, Caravedo coincide con Moreno Fernández (2012), quien defiende que la variación se asienta en las creencias o categorizaciones de los hablantes y no necesariamente en la segmentabilidad de las unidades. Esto implica alejarse de la dirección estructuralista de los estudios de variación que sigue la lingüística laboviana, para adentrarse así en la línea cognoscitiva, la gran aportación de esta obra dentro de los estudios sobre la variación lingüística.

Ya en el plano de la *cognición*, en la línea tradicional, la variación se ha visto dividida en una dimensión objetiva (la producción del hablante) y otra subjetiva, correspondiente a las actitudes lingüísticas de los hablantes, como aspecto evaluativo de los fenómenos. La percepción solo podría integrarse en la dimensión subjetiva, pero la autora propone una perspectiva más abarcadora en la que forme parte de ambas.

Según Labov, los seres humanos son capaces de calcular probabilidades, ya que reconocen las diferencias de uso de las distintas variantes, para elegir las más frecuentes de su entorno. Se trata de un comportamiento mecánico e imitativo de reproducción de probabilidades que Caravedo no niega, si bien admite la entrada de otros patrones metalingüísticos y evaluativos, puesto que algunos hechos lingüísticos pueden escapar a la mimesis de los hablantes, bien por no ser percibidos, o bien por ser evaluados negativamente. Así, los hablantes conocen las variantes de su entorno y eligen de modo consciente la que mejor se adapta a sus circunstancias.

La segunda parte de esta obra, también de carácter teórico, comienza con una reivindicación de la *percepción del hablante*, instrumento esencial de la cognición humana, que se refiere “tanto [a]l conocimiento adquirido de una lengua, como [a]l proceso que se pone en juego para conocerla y utilizarla” (p. 47). La percepción conecta el mundo interior con el exterior, por lo que se basa en los sentidos, concretamente en el auditivo y el visual (en las fases de aprendizaje escolar) y en la percepción lingüística.

Tras presentar el estatus y la diferencia de la percepción frente a la cognición, la autora identifica ciertas características para cada una de ellas, que la llevan a establecer múltiples categorías. Así, la cognición conlleva tres estadios dentro de la aproximación al patrón lingüístico o variedad de una comunidad (pág. 55 y ss.): la *captación*, cuando el hablante accede por primera vez al sistema, a través de la percepción y la aten-

ción; la *fijación*, que supone la memorización y que el individuo pueda identificar y relacionar datos similares, y la *reproducción*, es decir, el uso efectivo de la variedad aprendida.

Por su parte, la percepción no es un fin en sí misma, sino que está encaminada a la producción (el paso del input al output), cuyo proceso consta de tres fases (pág. 79 y ss.): la *primaria*, correspondiente a la adquisición; la *secundaria*, relativa al periodo de aprendizaje escolar (hasta los 9 años, de acuerdo con Labov) y la *terciaria* o *periodo estable*, aquel mantenido durante la vida adulta, en el que el individuo deja de percibir de modo consciente su variedad y siente que solo las foráneas tienen peculiaridades.

A su vez, la percepción posee también tres características fundamentales (pág. 99 y ss.): es *selectiva*, ya que ni todos percibimos lo mismo, ni de manera exhaustiva, sino que percibimos una parte y la representación de la propia percepción –*percepto*–; es *orientada*, pues incluso habiendo diferencias individuales, existen pautas comunes o comportamientos grupales semejantes, que invitan a presuponer la existencia de un agente orientador externo; y es también *diversa*, hecho que se manifiesta en la modificación de los modelos lingüísticos que da lugar al cambio lingüístico.

Otra distinción más se refiere a los tipos de percepción ligados a las tres fases antes descritas: la *percepción interna* (vinculada –no unívocamente– a la etapa primaria), que “se desarrolla como consecuencia de la identificación y observación de la variedad local, objeto de la adquisición” (pág. 108) y se caracteriza por su fuerte componente afectivo, fruto del primer contacto con el input materno; la *percepción externa*, que aparece cuando el individuo toma contacto con nuevas variedades distintas de la propia, y compara la suya con otra(s) ajena(s) y, finalmente, la *autoperccepción*, que implica el “desarrollo de una conciencia de la propia variedad por parte del individuo” (pág. 111), que conlleva, a su vez, una valoración positiva o negativa.

Por último, la autora menciona la existencia de dos recursos que se ponen en funcionamiento en la percepción interna y externa: el *análisis* y la *síntesis*, que dan lugar a la *percepción analítica* y *sintética*. No obstante, la realidad lingüística es más compleja, porque no está compuesta por objetos bien delimitados o definidos, por lo que ambos tipos de percepción se complementan.

La tercera parte de este libro supone la materialización de las reflexiones desarrolladas en los capítulos previos. El objetivo es mostrar cómo la variación en la producción de los hablantes de la comunidad hispánica constituye un reflejo de la realidad perceptiva, y aproximarse así a los procesos de invariación (tradicionalmente apartada de la variación, aunque están entrelazadas), variación y cambio lingüístico del español. Para ello, separa los fenómenos sonoros de los sintácticos y léxicos, aunque reconoce que en el sistema perceptivo de los hablantes puede no presentarse tal división.

En esta última parte, la autora ofrece los resultados de algunas investigaciones que ha desarrollado, a fin de responder a cuestiones como “¿cuáles son los aspectos de la variación realmente percibidos –evaluados o no– por los hablantes del español

de las diferentes zonas de América y España? ¿Existe acuerdo o desacuerdo en lo reconocido como correcto o evaluado como positivo en la lengua en cuestión?”, etc. (pp. 128-29).

En lo referente a la percepción fonética (pp. 129-158), Caravedo sostiene que el hablante capta entidades categóricas o fijas. Así, por ejemplo, en Hispanoamérica el seseo no es objeto de percepción como tal, y tampoco es una marca de contraste con el modelo distintivo a diferencia de Andalucía, donde coexiste el modelo distinguidor con el no distinguidor. Por tanto, no se puede acometer un estudio general del seseo o de cualquier otro fenómeno lingüístico.

A través de las investigaciones de Villena Ponsoda (2012) en Andalucía oriental, la autora concluye que el cambio que se está produciendo hacia la distinción viene motivado por la percepción consciente y el sentir de los hablantes hacia el seseo. En efecto, los más jóvenes y con mayor grado de escolaridad han adquirido el patrón distintivo por la presión del prestigio social de la distinción (*percepción secundaria*).

Además de las diferencias en la interpretación de un fenómeno entre unos geolectos y otros, la autora destaca cómo se producen incluso en contextos fónicos. Por citar un caso tomado de Molina Martos (2006), la ausencia de *d* intervocálica en “-ado” está bastante generalizada y socialmente asumida, pero no así en “-ido”, cuya omisión se encuentra estigmatizada.

También se abordan otros temas de interés en este apartado, como el yeísmo en España y América, la asibilación de las vibrantes, la neutralización de las oclusivas, etc.

En cuanto a la percepción sintáctica y léxica (pp. 158-255), la autora se vale de diversos corpus de distintas ciudades de la realidad lingüística hispánica: Buenos Aires, Caracas, Lima, México, La Paz, San Juan, Bogotá, Chile, etc. En ellos analiza algunos nexos y su variación o desplazamiento de significado. Por ejemplo, en el caso de *donde*, estudia el cambio del significado locativo primigenio al temporal, causal, otros valores, etc., además de su relación con algunos deícticos. Lo mismo con las formas *cuando*, *ya que* y *hasta que*. Sus conclusiones son que, frente a lo que cabría suponer, los cambios no predicen una dirección evolutiva única, sino que en algunos casos avanzan en una dirección más abstracta.

El plano léxico es en el que más se percibe la variación y, pese a ello, ha sido tradicionalmente el menos explotado. En este caso, la autora aplica al estudio del significado el concepto de *variación funcional*, que implica que las unidades adquieran nuevos significados progresivamente en distintos contextos. De esta forma, se atribuye un carácter dinámico y mutable al significado, mientras que el significante se mantiene inmutable. La autora adopta la línea estructuralista reformulada iniciada por Coseriu (1981a), distinguiendo por un lado la polisemia, que involucra diferencias en la lengua, y por otro, la variación, correspondiente a las diferencias en el habla.

Para llevar a cabo su análisis en este campo, Caravedo selecciona dos novelas de Javier Marías ambientadas en la ciudad de Madrid. Ambas obras fueron sometidas

das a juicio por seis informantes peruanos (40-55 años, estudios superiores) que nunca habían viajado a España ni habían tenido contacto con españoles. Se les pidió que clasificaran la información procedente de los diálogos, según el grado de incompreensión de las palabras: desconocimiento total del vocablo, conocimiento pasivo o conocimiento solo del significante. El experimento arrojó interesantes resultados sobre el alto nivel de desconocimiento léxico, que Caravedo había constatado previamente en un experimento inverso, con un grupo de estudiantes españoles que leyeron *Lituma en los Andes*.

El libro concluye con “La percepción en el contacto lingüístico por migración” (pp. 255-313), donde se recogen dos situaciones: la inmigración de los andinos en Lima y la de los hispanoamericanos en España. En el sistema de percepciones se producen varias fases, la primera de ellas marcada por la dicotomía originario/forastero, que se inicia al reconocer una variedad lingüística distinta, comenzando por la percepción analítica fónica y morfosintáctica. La autora lo ejemplifica con muestras de un experimento realizado para medir las actitudes de los limeños hacia la corrección y el valor afectivo de las producciones lingüísticas de los andinos. En el caso de los hispanoamericanos en España, a pesar de poseer una lengua común, el sistema de percepciones del hablante nativo se intensifica y se produce, en general, un rechazo hacia el recién llegado.

Esta obra, a pesar de basarse en algunos preceptos lavobianos y utilizar ya en el propio título el término “social”, está íntimamente ligada a la filosofía del lenguaje, por su perspectiva cognitiva: “utilizo el término *social* con un valor distinto al restrictivo de clase o grupo social [...] el término que utilizo, en la línea de filósofos del lenguaje como Searle, alude al carácter colectivo o de alteridad del lenguaje humano” (pág. 53).

La obra puede resultar compleja en algunas secciones de los dos primeros capítulos teóricos, por lo que conviene que el lector esté versado en el estudio cognitivo al aproximarse a ella. En el tercer capítulo, a pesar de la completa descripción y ejemplificación de fenómenos, se echa en falta una síntesis recapitulativa a modo de conclusión, que cierre el libro aunando los nuevos conceptos con la aplicación práctica.

Con todo, se trata de una obra con un enfoque novedoso, que refleja la experiencia y el conocimiento de la autora. Así, como se ha insistido, el estudio de la variación no se aborda desde los propios cambios producidos en la lengua, sino desde la percepción del hablante, un instrumento fisiológico-mental esencial en el conocimiento (natural y científico) de una lengua.

Bibliografía

- COSERIU, Eugenio (1981): *Lecciones de Lingüística General*. Madrid: Gredos.
LABOV, William (1972): *Social Patterns*. Philadelphia: University of Pensilvania Press.

- LABOV, William (1994): *Principles of Linguistic Change. Internal Factors*. Oxford: Blackwell.
- LABOV, William. (2001): *Principles of Linguistic Change. Social Factors*. Oxford: Blackwell.
- LABOV, William (2010): *Principles of Linguistic Change. Cognitive Factors*. Oxford: Blackwell
- MOLINA MARTOS, Isabel (2006): “Innovación y difusión del cambio lingüístico en Madrid”. *Revista de Filología Española*, 86, 127-149.
- MORENO FERNÁNDEZ, FRANCISCO (2012): *Sociolingüística cognitiva. Propositiones, escolios y debates*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert.
- VILLENA PONSODA, Juan Andrés (2012): “Patrones sociolingüísticos del español de Andalucía”, en Villena Ponsoda y A. Ávila Muñoz (eds.): *Estudios sobre el español de Málaga. Pronunciación, vocabulario y sintaxis*, Málaga: Sarriá, 27-66.